

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

5 números cada quince días:	Ptas. 0,50	al mes.
10	1,00	»
25	2,50	»
50	5,00	»
100	10	»

PAGO ADELANTADO

"Este precepto os doy: Amáos los unos a los otros como Yo os he amado."

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCION Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cabrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

MORIR DE VERGÜENZA

Ps... Ps... Es a tí, monísima... elegantísima... Sí a tí, la del sombrero de plumas empingorotadas, la del traje ceñido y corto, la que luce al andar, los diminutos zapatos recortados y enseña la media trasparente que ciñe y deja contemplar la misma carne.

Es a tí, doncella... doncella que te llamas cristiana... porque ¿tú te honras con ese apellido...? Oyeme, pues, que voy a contarte, no un cuento, sino una historia. Te la referiré en pocas palabras; pero ven aquí conmigo; penetra conmigo en este gabinete oculto, donde solo Dios nos vé, porque en medio de la calle estamos mal. Pasa a tu lado la juventud y posa en tí sus miradas de fuego. Eso, aunque te halaga, te turba, porque tales miradas no son las propias del varón que ve un rostro hechicero de mujer; no, niña preciosa, porque los ojos de la juventud que transita apenas se fijan en tu rostro, sino en otras cosas que, precisamente porque debieran ir ocultas, mueven a malsana curiosidad cuando se muestran. Las miradas que se clavan en tí son como las del hambriento en el manjar delicado, como las del codicioso en la presa que ansía.... Por eso aunque esas miradas te halagan, te turban, y a mi me distraen. Ni vas a poner atención en lo que te refiera, ni yo podré contártelo con calma. Ven, pues, al lugar solitario, donde no hay más testigos que Dios; y escucha.

Hubo hace ya muchos años una joven muy bella y muy buena, pero ciega.

Todo el mundo la compadecía por su ceguera; pero ella le daba muchas gracias a Dios de que la hubiera privado de la vista, porque así—decía la joven—veía siempre una Luz que valía más que la del Sol.

Era la muchachita muy pobre y vestía tosco traje, aunque una amiga suya muy rica, llamada Inés le hubiera querido dar otro mejor. Para ella el traje valía poco. Sabía que a su Esposo le agradaba ella con tal vestidura, y eso le bastaba.

Pues bien, a esta buenísima joven la hizo prender cierto prefecto llamado Tértulo—algo así como un gobernador

malo de provincia, y que la llevaran a su presencia.

Cuando iba a introducirla en el salón donde la autoridad liberal de aquel tiempo se hallaba, ordenó el prefecto que todo el mundo guardara completo silencio para que la ciega se creyera sola con él.

Introdujeron a la jovencita, y Tértulo le preguntó:

—¿Eres cristiana?

—Sí, lo soy—respondió la joven.

—¡Cómo! ¿Es posible que tú, tan niña, pertenezcas a esa agrupación de supersticiosos, que conspiran contra el emperador.

—Ni los cristianos somos supersticiosos, ni conspiramos contra nadie—replicó con firmeza ella.

—Vamos, déjate de niñerías y adora a los dioses, como el poder público o el divino emperador lo ordena.

—No adoro sino a Dios Todopoderoso y a Jesucristo, su único Hijo.

—Si no lo haces tendré que atormentarte, y el dolor te hará cambiar de opinión.

—¿El dolor...?

—¿No sabes lo que es el dolor?

—Nunca los cristianos hacen sufrir.

—Bueno, basta de conversación—exclamó amoscado Tértulo,—y sacrifica a los dioses.

—Ni el dolor ni la muerte harán que yo reniegue del verdadero Dios.

Entonces el prefecto hizo señas al verdugo, que allí se hallaba, y éste se arrojó sobre la ciega y la tendió sobre el potro. Le ató los pies a él, y las manos estirados los brazos por encima de la cabeza.

—¿Cedes?—le preguntó Tértulo.

—Aunque me mates—le respondió la joven, que se figuraba era el prefecto el mismo que la atormentaba.

Este hizo otra señal y el verdugo le dió vuelta a la rueda del instrumento de suplicio. Crujieron los huesos de la joven, y sus brazos y sus piernas casi se descoyuntaron.

El rostro de la doncella se cubrió de palidez, pero no lanzó ni un lamento. Sus labios se movían como si rezarían.

En los semblantes de los concurrentes se reflejaba la compasión al ver sufrir aquella delicada virgen que ningún daño podía haber hecho; pero el edicto

de Diocleciano y Maximiano era terminante, y no hubo quien se atreviera a protestar.

—¿Qué? ¿Sientes dolor?—le preguntó el prefecto.—Pues bien adora a los dioses y te daré la libertad.

La mártir, por toda contestación exclamó:

¡Te doy gracias, Dios mío, porque me dejas sufrir por tu fe! Te amo, ¡te amo, esposo de mi alma, ahora, en este lecho de dolor, más que nunca!...

Tértulo, irritadísimo, gritó:

¡Verdugo, qué mala el costado!

Era este uno de los suplicios más corrientes entonces. Hoy no se hace esto. Hoy se dictan leyes de excepción, que es otra clase de martirio.

El público, al escuchar tal orden no pudo contener un murmullo y la Virgen Cecilia comprendió que no estaba sola.

Su rostro se cubrió con el rojo matiz del rubor al pensar que habrían de desnudarla delante de aquella gente, y, llena de angustia exclamó con voz clarísima.

—¡Dios mío! ¡Esposo mío! Sufriré por tí cuantos dolores sean precisos; pero ahórrame la vergüenza ante las miradas de los hombres. ¡Que no tenga que cubrirme el rostro con las manos cuando me halle en tu presencia!

Se acercó el verdugo con la antorcha encendida, pero vió que la chica había muerto.

—Ha muerto, señor—dijo.

—No es posible. No hubo para tanto. Afloja las cuerdas.

Giró la rueda del potro; se aflojaron las ligaduras, pero el cuerpo permaneció rígido. La joven había muerto.

—Pero ¿de qué ha muerto?—rugía Tértulo.

El miserable jamás lo adivinó.

La joven doncella había muerto de vergüenza... «de vergüenza cristiana»... de lo que deberían morir todas esas doncellas, que llamándose católicas, van por ahí, por moda, por parecer elegantes, casi desnudas...

Ya ves, monísima joven, qué historia. No creas que yo la inventé. Me la dió hecha la Santa Iglesia, y en las Actas de los Mártires está.

Haz tú como aquella virgencita, morir antes que tolerar en tí la deshones-

tividad en el vestir de la moda que inventó el sensualismo francés, porque yo no quisiera que el día de la cuenta tuvieras que cubrirte el rostro, avergonzada, delante de Dios.

Miguel Alvarez Chape.

DE TERTULIA

¿QUE ES ESO DE LOS TARSICIOS?

Usted, que es tan beata, sabrá qué es eso de los *Tarsicios*.

—Tarsicios, mujer. Es una cosa muy buena para los niños.

—¡Vaya, vaya: tantas asociaciones y tantos rezos!... Es ya demasiado. Mejor nos fuera cumplir bien las obligaciones.

—«Lo que abunda no daña», doña Perfecta, cuando lo que abunda es bueno, y no ignora usted que las devociones ayudan a cumplir las obligaciones, porque Dios concede a los que oran gracias muy especiales.

—Hija: es usted muy mística.

—Cristiana, y gracias, y por serlo rezo cuanto puedo, y comulgo y...

—Y se come usted los santos con peana y todo.

—A los santos, no; pero al Santísimo, casi diariamente. ¡Y qué rica comida es, cómo alimenta, cómo alegra y conforta!

—¡Ay, doña Clara, que se eleva usted al quinto cielo!

—Y usted, doña Perfecta, se baja al sexto estado de tierra. ¡Vamos, que llamar misticismo a lo que es solo el abecedario de la vida cristiana!

—Bueno, volviendo a eso de los *Arcios*.

—Tarsicios, señora; compañeros, imitadores de San Tarsicio, el niño mártir de la Eucaristía. Son los adoradores infantiles del Santísimo Sacramento: una agrupación de niños que dedican a esa augusta adoración ciertos días del mes; que oran, comulgan y practican otras obras santas de culto, de desagravio de gratitud, de súplica universal. Mucho mejor que vagar por las calles, haciendo diabluras, *pirando* la escuela, fumando con ínfulas de hombres y hasta hablando suciamente, porque hay padres abandonadísimos en el cumplimiento de sus deberes...

—Jesús, hija; qué sermón de fraile con barbas!

—¿Es cierto o no, que hay mucha pillería por las calles?

—Sí, como cierto sí lo es; y que no hay quien les vaya a las manos: son los amos de la calle.

—Bueno; pues todo eso se ordenaba con meterlos en esa Cofradía. Vería usted entonces como sin dejar de entregarse a las diversiones propias de la edad, desaparecían ciertos abusos, desobediencias, palabrotas y... otras cosas peores de que, acaso, son ya víctimas los rapazuelos. ¡Hay tanta malicia y tan malos ejemplos!

—Pues yo creo que bastante hago con mandar los míos a misa los domingos y fiestas.

—¡Mucho, sí! Allí van... a mirar dis-

traídos a todas partes, menos al altar; a reirse y hablar con los compañeros, sin una persona que les enseñe a oír bien la misa, sin un devocionario por el que lean atentamente. Es decir, que *no oyen* misa.

—¡Ave María, doña Clara, qué exagerada es usted!

—Tratándose de la salud espiritual de nuestros hijos, no cabe exageración. ¿Los ha vacunado y revacunado usted?... ¿Procura que se abriguen y se alimenten y se desarrollen?

—Naturalmente.

—De modo; doña Perfecta, que para el cuerpo todos los cuidados y todas las precauciones imaginables, ¡y el alma contra una esquina!

—¿Y qué tiene eso que ver con los *Ternicios*?

—Más de lo que usted se figura. Haga a sus hijos socios de la Cofradía de los Tarsicios, que es, como si dijéramos, vacunarlos espiritualmente, preservarlos de muchos males, llenarlos de inapreciables bienes, prepararlos para ser hombres buenos de veras, cristianos de arraigada fe, caballeros de Cristo, que es el mayor honor que puede caberles y la mejor herencia que puede usted darles. Acérquelos al calor del Sagrario para que no se hiele su devoción; póngalos «dentro de Dios», para que no se los robe el enemigo, que el oficio de los padres no consiste solamente en dar hijos al mundo, sino en criarlos para Dios.

—Doña Clara: si fuera usted hombre y se hiciera fraile, ¡qué gran predicador!

—Doña Perfecta: yo no se más que el Catecismo. Le digo cosas sencillas y naturales. Siga estos consejos y será usted *perfecta* del todo.

Por la copia,

DEOGRACIAS

PARECE Y NO ES

Caridad que se ejercita bailando y luciendo galas sobre mullidas alfombras, bajo brillantes arañas o en jardines entre flores, y mujeres descocadas y canciones atrevidas y otras cosas que se callan.

Caridad ¡pero ya cese por mí de ser profanada con irónico sarcasmo esa bendita palabra!

Que esa caridad de pega no es la caridad cristiana.

Esta se oculta modesta, aquella se ostenta vana, ésta viste de sayales, aquella de raso y gasas; ésta vive entre los pobres, aquella en brillantes salas; ésta llora, aquella ríe; ésta reza, aquella baila; ésta es virtud de los cielos; aquella es indigna farsa, aunque se llame benéfica, y hombres *sesudos* la aplaudan.

Salvación milagrosa de un obrero

Un apreciado suscriptor nos remite el siguiente fondillo de *A B C*, correspondiente al 4 del actual:

«Valencia, 3,10 mañana. En el pueblo de Utiel ha ocurrido un suceso que ha producido honda emoción, y está siendo comentadísimo.

En el muelle de la estación trabajaba una brigada de obreros en la carga de troncos de pino. Hallábanse éstos apilando, e inopinadamente se vino a tierra la montaña de madera, cogiendo debajo al obrero que dirigía la maniobra. Los compañeros acudieron presurosos en auxilio del que suponían víctima de la desgracia, y cuando esperaban encontrarlo aplastado, vieron que un tronco, formando cruz con otros, había dejado un hueco, donde se encontraba ileso el obrero.

Repuestos del susto reanudaron su tarea de cargar troncos, y al tocarle el turno al madero salvador vieron que sobresalía del vagón, y al aserrar un trozo quedaron estupefactos ante la aparición, en el centro del corte, de una silueta admirable, con detalles visibles de la imagen de la Virgen de los Remedios. Como al corte le daba el sol, el efecto luminoso era sorprendente. Se dió otro corte un palmo más arriba y reapareció la Virgen.

El obrero salvado llevó el madero a su casa, por donde desfilaron millares de personas admirando el prodigio; algunos llegaron a ofrecerle 2.000 pesetas por el tronco, y el citado obrero, que alardeaba de irreligiosidad, se ha negado a venderlo.

La esposa y los hijos del obrero comulgan todos los días en acción de gracias. Los obreros madereros preparan una gran fiesta en honor de la Virgen de los Remedios.»

¿En qué quedamos?

—Tilín, tilín... ¡Señores viajeros al tren!...

Comienzan desde el andén y desde las portezuelas las despedidas de ordenanza.

—¡Adiós, Marcelitana, que me avises con frecuencia de cómo va el lobanillo! Mira que tengo mucho interés en saber si se te ha puesto bien.

—¡Ah, hija! ¿Quién más interesada que yo? Ya te escribiré desde Málaga.

—Abur, don Pantaleón, no se le olvide mandarme las muestras del vino.

—Descuide, que lo haré en llegando a Málaga. Los tengo de todos precios, de cinco, de seis...

—Tilín, tilín...!—El tren da un silbido, hace retroceder con estrépito algún tanto los vagones y después comienza de nuevo su interminable carrera. Vamos camino de Málaga.

Yo echo entonces una rápida ojeada para estudiar a los nuevos compañeros de viaje que han subido mientras daba por el andén unas vueltas a pie firme. Nuevo no hay más que uno.

Los que venían ya conmigo en un departamento de segunda erandos Hermanitas de los pobres, que hablaban poco y rezaban mucho; un comisionista joven, hablaba mucho y no rezaba nada, y además una teniente coronela de caballería que se trasladaba con armas y bagajes a Málaga, en donde estaba su esposo de guarnición, y que traía como impedimenta dos sombrereras, tres macetas de mustios claveles (como si en Málaga no los hubiese mejores), una jaula con una cotorra, tres niñas pequeñas sin jaula desgraciadamente, pero que aumentaban hasta cuatro las cotorras, una cesta con vituallas y tres taleguitos, en uno de los cuales, a juzgar por los «ayes» que de él escapaban y por los movimientos que hacía sin que nadie le tocase, se me figuró ser la jaula de algún enorme y pacífico gato.

El señor nuevo, que va a ser mi protagonista, el que va a arrancar de mis labios la exclamación que me ha servido de texto, ha tomado posiciones cómodas en un rincón del departamento.

Es flaco, nervioso, de color apergaminado, y de bigote entrecano, chamuscado hacia los labios con el continuo pasar del humo del tabaco.

Al verme entrar hace un gesto avinagrado. ¡Malo! Les tengo asco a esos hombres que ante una sotana no saben guardar ni las formas sociales más rudimentarias, y luego nos llaman a nosotros «fanáticos».

La casi coronela comienza a hablar en seguida.

—Vamos. Ya pronto llegaremos a Málaga, si Dios quiere.

—Y aunque Dios no quiera, señora—dijo en voz baja el pergamino.

Primer bomba. Su efecto hace santiguarse a las dos Hermanitas de los pobres, arranca un ¡Ave María Purísima! de los labios de las tres cotorras, y el saco misterioso conmuevese lentamente a compás de un gemido.

Yo no le contesto, porque sé que aquella animalada va por mí, deseando tirarme de la lengua, que me dice dentro de la boca: «A palabras necias, oídos de mercader.»

—¡Eso es un desatino!—le contestó la militar, recogiendo el guante.—¿Es que no cree Vd. en Dios?

—No señora; mi Dios en este caso es la casualidad, el hado.

—Pues poco debe cuidarse ese señor de sus adoradores, porque Vd. no está muy gordo que digamos.

—A mí me basta la tranquilidad de mi conciencia.

El comisionista, que ha estado mirando hacia el campo, se separa de la ventanilla y dice sin reparar en la conversación.

—¡Hum! ¡Vaya una vía! Este trocito es un susto continuo.

—¡Qué! ¿teme Vd. que descarrilemos?—le pregunta la coronela poniéndose muy pálida.

—No se asuste Vd., señora; pero me han dicho que con tanto llover se teme un hundimiento ahí por el Chorro.

—¡Jesús, María y José! A bien que llevamos un sacerdote que nos perdona los pecados!

—¡Bah! ¿Y tanto le teme a la muerte creyendo en la otra vida?

Y el señor de los bigotes se sonreía al hacerle esta pregunta:

—Oiga, ¿pero Vd. no le teme también al morir?

—En mí no es extraño ese horror. Yo no creo que haya después de la vida, más que la nada, que es el vacío del ser, y todo ser tiene horror al vacío; pero Vds. que creen en eso del cielo...

—¡Jesús, pero qué vacío está el cerebro de este pobre hombre!

Y la señora comenzó a santiguarse a toda prisa, como si el descarrilamiento, quizá por el peso de aquel réprobo, fuese ya cosa segura.

En efecto, el tren comenzó a deslizarse con lentitud. No era la gallarda sierpe de antes que se arrastraba por entre olivares con seguros y elegantes giros, sino la prudente y cautelosa que teme asechanzas por todas partes.

Al llegar a Gobantes detúvose mucho tiempo y pudimos recoger impresiones para todo el camino. Con las interrumpidas lluvias, los túneles aquellos, tan peligrosos de suyo, estaban ahora requiebrosos y llenos de humedad. Varios de los viajeros se bajaron allí para no verse impelidos a bajarse tal vez donde y cuando menos quisieran.

Al fin el tren volvió a silbar y se metió por el túnel, llegando a poco al apeadero del Chorro. Allí comenzaba el verdadero peligro.

Volvió a detenerse un gran rato en lo que registraban el túnel, y el jefe de estación dió, por fin, la orden de marcha.

Yo me fijé en las caras de mis compañeros, y todos parecían cadáveres.

La mía, supongo, que no debía ser menos expresiva, y es que la cosa no era para menos.

Las tres cotorritas iban cosidas a las faldas de la madre que las estrechaba contra sí, ocultando las tres cabecitas en su seno, y diciéndoles con toda la fe que infunde el miedo:

—Rezad, hijitas mías, rezad. Y usted, padre, rece por Dios. ¿No tiene en ese libro negro ninguna oración contra los derrumbamientos?

De pronto el tren se paró y retrocedió unos pasos. Un ruido extraño, pero horrible, infernal, dejóse oír dentro del túnel, y un alarido unánime recogió los vagones.

Todos creímos que aquel era el último instante de nuestra vida, que la mole granítica de la sierra se había precipitado sobre el tren.

¡Perdón, perdón, Dios mío!—gritaron las cuatro militaritas.

Las dos Hermanitas se santiguaron y bajaron la frente como diciendo: Hágase, señor, tu voluntad.

El comisionista y el gato no sé lo que harían, pero el flamante ateo bien sé lo que hizo, que fué arrojar a mis pies desencajado, trémulo, diciéndome con voz cavernosa:

—¡Padre, padre yo creo, yo creo en Dios! ¡Confíeseme, confesión!

¡Para oír confesiones estaba yo! Sin embargo, recuerdo que alcé la mano y

les eché la absolución a todos los presentes.

Todo aquello duró un instante, un abrir y cerrar de ojos. A poco la luz del día cedió a las angustias de aquella noche que todos creímos ser para nosotros la eterna de la muerte.

El susto había sido de lo mayúsculo. Un enorme bloque de tierra había caído por entre las grietas que forman los respiraderos del túnel, y saltando de un lado a otro las paredes del precipicio se perdió en los abismos del fondo produciendo aquel ruido infernal.

A poco el espléndido panorama del valle de Alora se esparcía ante nuestra vista. Una vez más se pudo ver cómo a la luz de la eternidad se disipan bien pronto las negras brumas del libre e ignorante pensamiento.

Util y dulce

La moneda como medida

Ocurre con frecuencia en los oficios de las artes, agrimensura, agronomía, ciencias físico-químicas, etc., tener que tomar alguna medida o determinar la superficie, o expresar el espacio de un objeto o cuerpo, careciendo de medida métrica para el caso, podemos determinar por medio de monedas.

Si nos hallamos en el campo y deseamos medir el largo o superficie de su terreno o de cualquier otro objeto, podemos valernos de las monedas para formar un metro; así, como una moneda de cinco céntimos, o sea un centavo, que tiene un diámetro de 25 milímetros, podemos formar un metro colocando cuatro piezas una seguida de otra, que ocuparán la distancia o largo de diez centímetros; y diez veces esta distancia viene a ser un metro. Ahora bien; ya determinada esta distancia, se toma un hilo, cordel o palito, o una tira de papel, y midiendo diez veces la distancia de diez centímetros, se obtiene el metro.

Lo mismo podría hacerse con cualquiera de las demás monedas.

Contra la picadura de la abeja

M. León Tridon, recomienda, como remedio inofensivo e infalible, uno que no puede ser más sencillo; consiste en poner sobre la herida, después de quitado el aguijón, el tapón húmedo del frasco en que se guarde una solución de polvos de gas.

El café como barómetro

M. H. Sauvegeon, de Valence, afirma que en una taza de café hay barómetro tan exacto como los mejores instrumentos de Chavaller y Serbons.

Si al poner el azúcar dejáis que se deslíe sin agitar la taza, las burbujas de aire de azúcar suben a la superficie; si forman una masa espumosa conservándose bien en el centro, señal es de buen tiempo; por el contrario se desvían en forma de anillo a los bordes de la taza, tendréis la indicación de lluvia;

si se estacionan, pero no extensamente, en el centro, indica variable.

He aquí por otra parte un medio de examinar si el café es puro, pues si no se observa nada de lo dicho, claro que es impuro.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. E. T. R.—Pamplona.—Pagó fin Noviembre 1920.

Sr. C. de Laviana.—Recibida su liquidación de ptas. 113 más 1,75 de donativos.

Sr. D. J. G.—Posada.—Id. fin Agosto 1921

Sr. D. T. F. A.—El Pino.—Id. 1920.

Sr. D. J. A. D. V.—S. de la Fuente.—Id. 1920.

DONATIVOS

Una señora de Gijón nos ha donado 5 pesetas.—D. F. L. C., de Posada 2 ptas.

Imp. «La Reconquista».—Gijón.



SEGUNDO ANIVERSARIO

EL JOVEN

Ramón Moré Prendes

falleció en Gijón el 25 de Agosto de 1918

habiendo recibido los Santos Sacramentos

R. I. P. A.

Sus padres, hermanos, hermanos políticos, tíos, primos y sobrinos,

Suplican encarecidamente a los lectores de *Religión y Patria* le encomienden a Dios en sus oraciones.

Todas las misas que se celebren el día 25 en la parroquia de San Lorenzo y el novenario que empezará también dicho día, serán aplicadas por el eterno descanso de su alma.

Hay concedidas indulgencias en la forma acostumbrada por la iglesia.

TEJIDOS EN GENERAL ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la provincia.

GIJÓN :: Calle Corrida.

La Sirena

Colecciones de **Religión y Patria**

Años 1917-18-19, a 5 ptas. año.

La Rusquella

Adornos para vestidos, lanas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.
San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C.

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, hoza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.
Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Fotografía VILLANUEVA

LA MAS CÓMODA Y ECONOMICA

C. Corrida, 62, bajo :: GIJÓN.

Doctor EMILIO VILLA

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.
Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.
San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

Banco de Castilla

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: :: :: :: :: :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. :: :: :: :: :: ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes :: ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

C.

ACEBAL, RATO Y COMP.

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor : GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca. Pídase en todas las tiendas de comestibles.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 453 :: Gijón

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

C.

Teléfono, 312.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fabrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: :: Pan superior de todas clases :: ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

Doctor Calisto de Rato y Rocas

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES

:: :: DEL SISTEMA NERVIOSO :: ::

Cuarenta y dos años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde.

CORRIDA, 63.

GIJÓN.